

<i>frontations Psychiatriques, Aspects Modernes de la Psychiatrie</i> (Javier Arteaga J.)	66
David Cooper, <i>Psiquiatría y antipsiquiatría</i> (Víctor Saavedra)	69
Georg Lukács, <i>Mi camino hacia Marx</i> (Guiseppe Amara)	71

FINAL DEL HOMBRE, UN ANIMAL QUE ALCANZÓ LA COMODIDAD

Aniceto Aramoni

“Donde tuvo lo que es su origen, allí es preciso que retorne en su caída, de acuerdo con las determinaciones del destino. Las cosas deben pagar unas a otras castigo y pena de acuerdo con la sentencia del tiempo”.

ANAXIMANDRO

LA NATURALEZA es muy sabia en lo que concierne a sí misma. Mantuvo un balance que le permitió subsistir sin problemas hasta que cometió su único error: la aparición del hombre, quien provocó la pérdida del equilibrio y la amenaza de la destrucción de la vida.

Se escapó un individuo del “pelotón animal” y marchó por cuenta propia. Se independizó, quiso librarse de las inclemencias del clima y creó así la calefacción y el aeroacondicionamiento. Superó a los pájaros y se trasladó con gran rapidez hacia cualquier parte. Organizó ciudades que permitieron la aglutinación de los individuos más heterogéneos, conformándolos para ese tipo de aglomeración tóxica. Cada vez que pudo se salió un tanto de la Naturaleza y se aisló de ella, la despreció y la llenó de basura y de veneno.

Si el permiso era el de evolucionar en sí mismo y hacia sí mismo, si se le había concedido la posibilidad de trascendencia, era porque todo seguía una meta: evolución del espíritu humano o hacia el espíritu humano.

Al dejar de lado ese sendero se colocó ante la alternativa de su desaparición; podría extinguirse porque su existencia no tiene razón de ser dentro del orden natural: no tiene los méritos suficientes, los atributos necesarios, no implica mejoría alguna, si lo comparamos con un zorro, por ejemplo, o con una marmota.

No ha cumplido, y en la Naturaleza lo que no cumple su cometido y no evoluciona hacia donde va el fin, se destruye, para ser sustituido por lo que va mejor con las leyes, lo que va bien con el sentido de la Evolución que impregna el universo que conocemos.*

Algunos individuos han cumplido con lo que se les exigía: humanidad. Son muy pocos en los muchos miles de años que podemos recordar. Muchos millones de hombres parecen mutaciones negativas, aberraciones de lo esperado. Numerosos, marchan equivocados por una vereda que conduce a la polución, la bomba, la máquina computadora, al político venal, al manipulador oportunista, al guerrero nacionalista.

* El caso comparativo de los roedores y de los grandes reptiles (Dinosaurios y Diplodocus) es un ejemplo claro: los primeros se adaptaron a las condiciones, por tamaño, por temperatura interior, por abundancia en número y reproducción; los segundos, en cambio, desaparecieron.

Propriety of the Erich Fromm Document Center. For personal use only. Citation or publication of material prohibited without express written permission of the copyright holder.
Eigentum des Erich Fromm Dokumentationszentrums. Nutzung nur für persönliche Zwecke.
Veröffentlichungen – auch von Teilen – bedürfen der schriftlichen Erlaubnis des Rechteinhabers.



Muchos —paradójicamente— regresaron al predador, volvieron al antecesor que habían dejado atrás los primeros “hombres”, al escapar del “pelotón”.

Por desgracia el retorno se hace en condiciones imposibles para el universo: cerebro telencefalizado-en animal, organización técnico-electrónica-en animal, computación-programación-en animal, sociedad compleja política-en animal. estructura ciudadina de enormes núcleos-en animal. Todos los logros humanos, en apariencia, impregnados por la animalidad atávica, aumentada en potencia, con un ingrediente de agresividad-destructividad imposible de hallar fuera del hombre.

Llevaba, al comenzar el proceso evolutivo, potencia, y tenía el camino suficiente, buena meta por lograr, bastante tiempo. Pero todo se alteró en lo relativo a la senda y, por desgracia, conservó esa potencia ilimitada, susceptible de emplearse en aspectos torcidos, trastornadores del orden de la Naturaleza. Como si hubiera perdido la memoria de su especie y la puntería hacia donde iba dirigido el disparo.

Resulta imposible aceptar que alguien que puede apuntar hacia un blanco lejano, voltée el fusil para dirigirlo hacia su propia frente y... jale el gatillo.

En el animal-hombre lo que éste tiene de hombre es lo que constituye un peligro. Lo animal va bien con el ambiente: se reduce a él, lo acepta, obedece y vive sin alterar los niveles. La porción hombre se salió del molde y patrón, adoptando una actitud insana, despreciando su herencia milenaria.

El producto mezclado no ha logrado permanecer dentro de la clasificación que le corresponde: no es ni lo uno ni lo otro; o bien, lo peor de ambos, con la complicación de que puede procrear sin límite. Y posee en su favor y en su contra, la cualidad de proteger a su descendencia, hasta lograr mantenerlos vivos durante varios decenios. Se conserva el animal imperfecto sin preocupación por el hombre espiritual; muchos individuos de animalidad incompleta reproduciéndose sin moderación.

Lo que el hombre tiene de hombre deformó al animal que lleva dentro, constituyendo una especie de hibridismo fatal.

No pueden ambos trasponer la barrera que los separa. Nadie mejora si va o viene a través del muro aislante —en caso de que eso fuera posible; el animal no puede ser medido como hombre, éste tampoco puede serlo como animal. La evolución ya ocurrió en ese sector y no podrá ocurrir de nuevo en cada uno. El hombre no podrá involucionar como individuo, pues ha trascendido —se supone— el reino de los animales.

Pero lo que sucede es casi inadmisibile: un gran número regresa y destruye la labor de milenios. Casi la misma calamidad sucede cuando acaba con especies que lo precedieron, cuando amenaza con la casi total desaparición de algunos ejemplares de la perfección zoológica.²

² Vale la pena referir aquí, de manera incidental, que la supervivencia del Tigre Siberiano está amenazada. Parece que quedan unos 100. Especies hay que han desaparecido por completo y otras en vías de hacerlo. Los pelícanos atraviesan por una verdadera crisis: de varios miles en el año de 1945, de Florida a la frontera mexicana, quedaban 13 en 1963 en todo el litoral. Substancias tóxicas para fumigar des-

En ocasiones por ignorancia, en otras por maldad, algunas veces porque se emplea buena intención en favor de una especie y, como consecuencia, se destruye otra: el petróleo que contamina el mar destruye los pájaros que viven de sus productos, como el albatros. A éstos y a otros los lavan con detergentes, hacen lo mismo con las costas, con las rocas; entonces matan a los peces.³

Sería interminable la lista de atropellos y absurdidades que el hombre ha cometido contra la Naturaleza, contra su casa.⁴ Sabemos poco de lo que sucede dentro de la Ecología. Ha sido menester, por otra parte, que ocurran verdaderas tragedias como la última Gran Guerra, para aplicarnos al estudio de la destructividad (cuando ya resulta impostergable); que se barrunten catástrofes del monto de la desaparición de la vida sobre el planeta, para que al asustarnos, investiguemos y se comience a descubrir la falta de orden, de disciplina y de rigor científicos, de racionalidad en el trato con todo lo que vive.

La tecnología, el adelanto industrial, la elevación del nivel de vida, la comodidad y muchos conceptos más, resultan en gran medida causantes de lo que sucede. La ciencia empleada de manera unilateral e idolátrica, sin el control de la moral y el humanismo, también ha sido un factor que determina en grado significativo, que se tenga hoy que confrontar el problema.

Como se ve, por desgracia el hombre perdió el instinto o la naturalidad para orientarse dentro de las cosas del Universo y se guió por la inteligencia, haciendo a un lado la razón. Un ser que podría conducirse con profundidad, en tercera dimensión, empleando memoria, imaginación y proyectando hacia el futuro, se conduce por comodidad, por ambición, anhelo de poder, interés por adquirir; todo ello sin futuro, en dos dimensiones tal vez, o en la del presente solamente, sin contar con la dimensión tiempo.

Esto es, lo que adquirió al pasar al nivel humano, no lo emplea en forma debida. Lo que tenía cuando animal, ya lo perdió. Es un ser ambiguo, un “fenómeno” que no obedece leyes cósmicas, que anhela la juventud eterna, la inmortalidad, que es ubicuo.

Su vanidad, su alejarse de la realidad, la enajenación de su categoría humana, lo han colocado en la tesitura de hacer explotar el planeta, por una parte; por la otra, de destruirlo de manera lenta, sin enterarse.

encadenan un mecanismo complicado que interviene en su reproducción. Algo similar ocurre con el Puma Americano y con el Oso Gris de la zona norte de México.

³ Se ha escrito mucho sobre todo esto en los últimos años, integrando una bibliografía abrumadora. Me permito citar aquí un trabajo presentado por el arquitecto Felix Candela en la Facultad de Arquitectura de la UNAM, División de Estudios Superiores, 1970, que resume con gran acierto el contenido de varios libros.

⁴ En algunas ocasiones por absoluta trivialidad, se destruye un felino que llevó siglos de evolución, como el tigre, para utilizar su piel en un abrigo de mujer. En fecha reciente se supo que los alemanes se habían disgustado porque algún introductor de su país había comprado en Italia 40 000 pájaros canoros ciegos; de aquellos que cantan casi sin interrupción por ese motivo. Y los métodos para cegarlos se describían más o menos claramente: luz del sol aplicada de modo prolongado, o luz artificial y otros medios para destruir los ojos de esos preciosos músicos naturales, alegría del Universo.



El embrollo de la condición humana es que se trata de un punto de partida nada más, no de una consumación. Posee sinnúmero de posibilidades inexistentes en el mundo cerrado y definitivo del instinto.

El hombre debe continuar hacia la evolución de su cerebro y de su espíritu; precisa completar aquello que se le entregó como primicia, como instrumento que debe emplear de modo exhaustivo.

En el curso de la evolución del hombre ocurrió un desastre: perdió la ruta y se marchó hacia la técnica, la máquina, la industria, el "confort". Al tomar esa alternativa abandonó el cultivo del alma, de la psique —resulta difícil ponerle nombre sin incurrir en palabras insatisfactorias y objetables— para seguir el perfeccionamiento de unas cuantas funciones de su cerebro: inteligencia, inventiva, abstracción, pensamiento lógico formal; en vez de perfección global. Logró la comodidad pero no intentó adquirir sabiduría:

"Tsekung... se encontró con un campesino que cuidaba su huerto. El campesino dejaba caer un cubo en el pozo. Luego, cuando sacó el agua, tomó el cubo y se dirigió a regar sus plantas. Todo esto requería muchos esfuerzos y producía resultados más bien lentos.

—Conozco una máquina —dijo Tsekung— que puede irrigar cien campos en un día con mayor economía de trabajo y buenos resultados. ¿Te agrada tener una máquina como esa?

El hortelano le miró y dijo:

—¿Cómo es?

—Es un dispositivo hecho de madera y la barra es pesada por detrás y liviana por delante. Saca el agua y el agua fluye por una zanja, en corriente borboteante, continua, espumosa. La máquina se llama cigoñal de pozo.

El rostro del campesino cambió repentinamente y el hombre rió.

—Me he enterado por mi maestro —dijo— de que el que tiene dispositivos astutos utiliza la astucia en sus asuntos, y el que usa la astucia en sus asuntos tiene astucia en su corazón. Cuando hay astucia en el corazón de un hombre, se ha perdido algo que le pertenece, y se torna inquieto. Con esta inquietud de espíritu, el Tao huye. Ya conocía el cigoñal de pozo, pero me avergonzaría de usarlo."⁵

Desde hace muchas centurias podía preverse, y algunos lo hicieron, lo que podría suceder con el empleo indiscriminado y sin juicio de las máquinas y de la técnica. Se abandonaba la consideración de aspectos bastante más im-

⁵ Yutang, Lin: *La sabiduría del Laotsé*. Editorial Sudamericana, 1951, p. 222. Suzuki cita la misma historia quizá: "Sé que ahorra trabajo y es precisamente por esta razón por la que no utilizo ese instrumento. Lo que temo es que el uso de ese instrumento me haga pensar sólo en la máquina. La preocupación por las máquinas crea en uno el hábito de la indolencia y la pereza". Se la atribuye a Chuang-tzé, lo que la colocaría en el siglo III a. C. Suzuki. D. T.: *Budismo zen y psicoanálisis*, 2a. reimpresión, Fondo de Cultura Económica, México, 1970, p. 15.

portantes que la comodidad, la prisa, la abundancia y el consumo, el dominio y el poder, al seguir por ese camino, en vez de humanizar la técnica, de ponerla al servicio de aspectos racionales y de beneficio para las necesidades humanas; de intentar llenar funciones de alivio de la miseria para el mayor número.⁶

Quizá haya posibilidad y algún tiempo para aprender y para rectificar. Resulta difícil, no obstante, hallar la fórmula que pueda conducir al aprendizaje.

Parece necesario revisar la calidad de "Ser Humano", aceptada por descontado y, por lo que se ve, alejada de la realidad.

Precisa evolucionar hacia el ideal de la especie, sin destruir la casa en que se vive y a los vecinos (no parece necesario). Es la falta de sabiduría de los seres inteligentes, la que conduce a provocar la crisis y el caos que enfrentamos ahora.

El hombre puede destruir a la Naturaleza, es superior a ésta y más poderoso; situación terrible por absurda: podrá vencerla, dominarla, acabar con ella; pero... habrá terminado de modo estúpido con él mismo, con el porvenir, con la oportunidad que alguna vez se le concedió al representante de mamíferos y primates, para caminar por ahí, de pie, con libertad, con homeostasis, homeotermia, pulgar oponente, lóbulo frontal y telencefalización, con y para el empleo de su cerebro prodigioso. Habrá lanzado a la atarjea, al drenaje, tres mil millones de años de evolución. ¿No intentaremos evitar el crimen cósmico?

BIBLIOGRAFÍA ACONSEJABLE

Fromm, E.: *Ética y psicoanálisis*, 1a. reimpresión, Breviario 74, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

Du Nouy, Lecomte: *El porvenir del espíritu*. Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1949.

Mumford, Lewis: *The myth of the machine*. Secker S. Warburg, Londres, 1966.

⁶ Sigue siendo válido a pesar del hecho de que muchos obreros norteamericanos, por ejemplo, viven mejor lo que pudo hacerlo el Rey absoluto Luis XIV, por razones de progreso tecnológico y de aplicación práctica.

